

BIENAVENTURADOS SERÉIS CUANDO OS INJURIEN Y OS PERSIGAN Y DIGAN CON MENTIRA TODA CLASE DE MAL CONTRA VOSOTROS POR MI CAUSA. ALEGRAOS Y REGOCIJAOS.

Introducción. Hemos llegado a la última bienaventuranza, y lo hacemos justo en la semana de Pascua, cuando Jesús va a vivir en carne propia esta situación de ser perseguido e injuriado y blanco injusto de toda la violencia, mentira, rabia, y maldad que lo humano es capaz de vivir y de expresar. De forma progresiva va siendo consciente de que, con el paso de los días, se va intensificando la conflictividad, la confrontación y la violencia sobre Él. Sabe que tiene enemigos, que no es acogido, que su mensaje acerca del Dios de la vida no cabe en los odres viejos de una religión acomodada y tradicional. Sabe que entre sus discípulos hay confusión y miedo, incertidumbre y sabe que uno le negará. Que el miedo y el querer salvar sus vidas le va a dejar muy solo. El escenario no puede ser más desolador. De esa situación emerge el pilar y el fundamento de la vida de Jesús. Su relación de absoluta confianza con su Padre.

Lo que Dios nos dice. «Mirad, llega la hora, ya ha llegado, en que os disperséis cada uno por vuestro lado y me dejéis solo. Pero yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho esto para que gracias a mí tengáis paz. En el mundo pasaréis aflicción; pero tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 32-33).

La última bienaventuranza es el mejor resumen, la síntesis, el colofón de todo lo que ha sido su enseñanza. Os hablo desde la experiencia, no desde la teoría. Las experiencias de máxima vulnerabilidad, de mayor soledad, de sentir como nuestra vida se tambalea desde su cimiento, es precisamente el lugar privilegiado de la experiencia restauradora de Dios. Cuando la vida es benévola, y nos trata bien solemos ser amables, educados, condescendientes. Pero es en el tiempo de crisis, de tormenta, donde se evidencian los cimientos en los que apoyo mi vida. Si huimos o si permanecemos.

«El ladrón no viene más que a robar, matar y destrozar. Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. El asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo, escapa abandonando las ovejas, y el lobo las arrebató y dispersa. Como es asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor: conozco a las mías y ellas me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y doy la vida por las ovejas» (Jn 10,10-15).

El asalariado cuando ve venir al lobo huye, todo lo que supone amenaza a su bienestar y comodidad lo aleja de su vida. Es imposible que el que tiene amor de asalariado tenga una experiencia real de lo que es el amor. Decía Juan de la Cruz: «Dolores es el traje de amadores». Quien ama de verdad acompaña las situaciones difíciles en la vida de quien ama. El que sólo acoge las risas, las danzas, la alegría y la belleza, no conocerá las profundidades de un amor que también pide compromiso en la cruz y en el dolor. El que es Buen Pastor, cuando viene el lobo se enfrenta a él. Esa es la gran diferencia entre el amor de Jesús y los amores interesados y egoístas. La huida, el salvarse a uno mismo olvidando a los más frágiles o, por el contrario, la capacidad de afrontar con dignidad y valentía las dificultades. Jesús no es una pobre víctima incauta a la que le apresan y le matan. Es el que se enfrenta al poco amor, amor, al miedo, a las parálisis de un corazón empequeñecido.

«Como los hijos comparten carne y sangre, lo mismo las compartió él, para anular con su muerte al que controlaba la muerte, es decir, al Diablo, y para liberar a los que, por miedo a la muerte, pasan la vida como esclavos» (Heb 2,14-15).

Ese miedo que nos atenaza. ¿Por qué nos afectan tanto las críticas? Por que pensamos que nos dejarían de querer si vieran nuestra parte más frágil y fea. Nos pasamos la vida construyendo una imagen de nosotros mismos, como personas realizadas, triunfadoras y equilibradas. Por eso cuando sufrimos injurias, o nos tratan desde la mentira sacamos nuestro arsenal defensivo y de justificaciones. Que gran libertad nos muestra Jesús en su camino pascual. No busca discutir ni con Pilatos, ni busca una negociación que le salve con Caifás y los sumos sacerdotes. Hay una experiencia de profunda intimidad con su Padre, que es su fuerza, su sostén. Después de este camino de ocho semanas que hemos recorrido junto a las Bienaventuranzas y en este contexto pascual, se nos brinda la experiencia de saborear lo que es una vida resucitada. Podemos ver en Jesús al que ha vencido a la muerte en su interior. No hay venganza, no hay rabia o ira.

«Cuando llegaron al lugar llamado La Calavera, los crucificaron a él y a los malhechores: uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Después se repartieron su ropa echándola a suerte» (Lc 23,33-34).

Cómo podemos vivirlo. Que esta semana podamos seguir de cerca los movimientos del corazón de Jesús, porque es en su interior, en su mirada sobre la realidad donde podemos experimentar el poder de un amor que libera, que calma, que devuelve la dignidad al que aparentemente la ha perdido. Resucitar es volver a mirar nuestra vida y la de los demás desde la mirada de Dios. Felices los que dejemos que Jesús nos acompañe en la muerte, para devolvernos la vida.